

# Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 300 – 27/29 de octubre de 2017

## En este número

### Te ofrecemos

1. Fascinación por José Antonio, *Emilio Álvarez Frías*
2. José Antonio, mi arquetipo, *María Lilia Genta*
3. Descubrimiento y maduración, *Manuel Parra Celaya*
4. José Antonio, el hombre, *Enrique de Aguinaga*
5. Mi hermana me habló de José Antonio, *Mario Tecglen*
6. José Antonio, el mito, *Mario Caponnetto*
7. El Estado en José Antonio, *José M<sup>a</sup> García de Tuñón Aza*
8. Mi primer encuentro con José Antonio Primo de Rivera, *Arnaud Imatz*
9. Mi conocimiento de José Antonio, *Luis Fernando de la Sota Salazar*

## I

### Fascinación por José Antonio

Emilio Álvarez Frías

No sé si todavía vivirán muchas de las personas que tuvieron la suerte de conocer a José Antonio Primo de Rivera. Más bien, creo, han de ser escasas. También vamos estando en minoría los de la generación conocida como «los niños de la guerra», a los que prácticamente no nos dio tiempo a llegar a conocerlo, y que, además, apenas tenemos algún recuerdo de aquellos



Alegoría del entierro de José Antonio. José Segrelles

días aciagos. Mis recuerdos son pocos. Por ejemplo: al inicio de la guerra preguntaba a mi madre qué eran unos ruidos lejanos que escuchaba por la noche estando en la cama: «son disparos en las tapias del cementerio», me decía ella; luego supe que correspondían a los asesinatos que cada noche se producían en aquel lugar. También recuerdo que un día, unos individuos vestidos con monos y provistos de fusiles, se llevaron a un joven sacerdote que vivía en la misma casa que nosotros, al que nunca volví a ver. Y también tengo en la memoria cuando vinieron a mi casa buscando a un tío mío por el hecho de que había llevado a votar, en un coche, a las monjas de un convento; en aquél caso mi padre les aseguró que allí no estaba, que

podían entrar a comprobarlo, lo que no hicieron, gracias a Dios, porque sí se encontraba escondido en nuestra vivienda. Y –¡cómo no lo voy a recordar–, que no había nada para comer en aquella casa y que mi padre iba, en el célebre «tren de Arganda» –que era conocido como «el

tren de Arganda que pita más que anda» por su lentitud- a buscar por los pueblos cualquier cosa que se pudiéramos llevar a la boca. Como es lógico, con esa edad ni siquiera habíamos oído hablar de José Antonio.

Terminada la guerra seguimos con el hambre pero con la euforia de sentirnos libres. Yo no sabía bien qué era eso, pero sí notaba que el ambiente había cambiado. Un 29 de octubre, de 1939, mi padre me llevó a la calle de Alcalá, de Madrid, por donde iba a pasar el cortejo fúnebre que trasladaba los restos de José Antonio desde el cementerio de Alicante a la basílica de El Escorial. No tenía ni idea de lo que aquello significaba, pero me pareció hermoso, fascinante; quedé impresionado en mi corta edad. Luego, en el colegio al que asistí cuando se fueron abriendo los centros de enseñanza, pude leer, en el apartado de Historia de la «enciclopedia» -que entonces usábamos como único libro, lo contenía todo-, episodios de la guerra, las hazañas de los conquistadores españoles por el mundo, la vida y muerte de determinados personajes, entre los que se encontraba José Antonio Primo de Rivera. Y escuchar al profesor exponer todas esas cosas me emocionaba. En ese entorno sentí una profunda atracción por todo aquello que no llegaba a entender en tu totalidad, fundamentalmente porque en mi mentalidad casi infantil de entonces no alcanzaba a comprenderlo, pues siempre había oído en casa que los seres humanos deberían encaminar sus esfuerzos a llevarse bien. Todo ello me indujo a enfrascarme en la lectura de cuando caía en mi mano, y, cuando pude, a meterme en la Biblioteca Nacional -hoy de entrada limitada- a embotarme de historias, batallas, desgracias y conquistas.

Y no dejé de perseguir el entendimiento de José Antonio, lo que me llevó a tomar contacto con el Frente de Juventudes. Allí empecé a conocer ordenadamente la figura de un ser excepcional que, en plena juventud, pudiendo haber seguido una vida cómoda y ejercer una profesión para la que estaba especialmente dotado, decidió ponerse incondicionalmente al servicio de su patria. Y desgranando hoja a hoja las *Obras Completas*, donde se recogían sus discursos, sus escritos, sus intervenciones en el Parlamento, fui quedando fascinado. El decurso de su vida y su temprana muerte es toda una lección; el pensamiento dejado en solo tres años de actuación política es considerable, más si se tiene en cuenta que esos tres años fueron reducidos por el tiempo que permaneció en prisión.



Recorriendo España

Me sedujo con la claridad con la que concebía cómo había de ser el hombre, nacido para el ejercicio de una vida digna y humana, siendo la base del sistema y detentador de los valores eternos que han de acompañarle a lo largo de su existencia; de que la nación era una unidad de destino en lo universal, e indisoluble, y el Estado tenía que estar dirigido al bien común de los individuos; que la organización política a través de partidos, sean de derechas o izquierdas, había quedado demostrado no era la más

adecuada; de cómo concebía la empresa y la tarea que en ella correspondía al capital y al trabajador, por cuyo esfuerzo habría de recibir una cantidad justa; de la equitativa distribución de la plusvalía; de la justicia social;... Términos todos que ejercían un hechizo considerable que fui comprendiendo poco a poco, lo que me llevó a tratar de colaborar lo más posible en esta tarea sugestiva.

Han pasado muchos años desde que José Antonio nos dejara sus últimas reflexiones a través de su testamento, de una hermosura lapidaria; se han sucedido los años con fuertes vaivenes, con entregas apasionadas, traiciones considerables y utilización maniquea de su pensamiento; en España han sucedido muchas cosas; la sociedad ha variado considerablemente; existe una memoria histórica que ha cambiado cómo fueron los hechos; el hombre no es el sistema de la concepción joseantoniana sino que, según las últimas consideraciones, puestas en leyes

dictatoriales, ha de responder a la ideología de género; se han borrado los valores eternos y por ende nadie considera debe responder a esa antigüedad; subsisten los partidos políticos por encima de cualquier otra representación, y han traído de nuevo la división entre los españoles; la unidad de la nación está en entredicho y tambaleante;...

No obstante ese retroceso, continúo impresionado por el personaje José Antonio, por el arquetipo que me sirvió de guía. Y he intentado seguir las pautas que dejó durante su breve singladura política.

2

## José Antonio, mi arquetipo

María Lilia Genta

¿Qué José Antonio guardo en mi alma? El arquetipo que allí selló mi padre. Desde que era una nena de siete u ocho años, cada 20 de noviembre papá me llevaba a la Misa por José Antonio. Íbamos hasta la Basílica de Santo Domingo, en Buenos Aires, la que conserva en sus muros los cañonazos recibidos durante las invasiones inglesas de 1806 y 1807. La misa se celebraba en el Camarín de la Virgen Generala donde se guardan las banderas que en 1807 españoles y criollos quitaron al inglés vencido. No hay en mi ciudad un templo más épico y adecuado para rezar por José Antonio y la Cruzada.

Después de la misa alguien pronunciaba unas palabras alusivas en el atrio donde está la tumba de nuestro General Belgrano y al final coreábamos los *¡Presente!* después de cantar el *Cara al sol* y gritar los *¡Arriba!* a España Una, Grande y Libre.

Mi padre, Jordán Bruno Genta, profesor de filosofía, fundaba su pedagogía en el valor de los arquetipos. Así me fue presentado José Antonio, como arquetipo. Mis padres me contaban de él, de su vida y de la Cruzada. Más tarde, tendría unos doce años, un amigo de papá me regaló un retrato de José Antonio enmarcado que se mudó conmigo a las distintas geografías de mi patria en las que transcurrió mi vida. Ahora mismo, a los setenta y siete, estoy escribiendo frente a ese retrato.



«José Antonio» (1938). Daniel Vázquez Díaz

Era adolescente cuando comencé a leer sus Discursos y a aprender de memoria todos los párrafos en los que nos eleva y arrebató su política poeta.

¿Por qué la pedagogía de los arquetipos? Porque en sus vidas y en sus obras se viven y proclaman las virtudes que emanan de ellas: patriotismo, valentía, lealtad, amor a Dios y a la Tradición que para españoles y argentinos viene de la historia común: Mío Cid Campeador, Isabel y Fernando, Nuestro Señor Don Quijote; historia que se hizo nuestra el día en que España se hizo a la mar desde el Puerto de Palos.

En 1956, al cumplirse los 20 años del Alzamiento, se realizó un acto en el Teatro Astral de Buenos Aires. Lo organizaba la Embajada de España (no recuerdo si oficial u oficiosamente). En aquel momento teníamos un gobierno liberal, masónico y antifranquista. Mi padre fue el único orador argentino. Él era un orador extraordinario que ese día tensó como nunca mi amor por España, José Antonio, la Cruzada. A la salida nos esperaba todo el zurdaje local (nosotros llamamos «zurdos» a los rojos).

Estaba también Don Claudio Sánchez Albornoz; nunca entendimos cómo un hombre tan erudito, culto y distinguido, gran conocedor de la historia española, fuese republicano. Este «comité de recepción» se había ubicado en la vereda de enfrente. Los jóvenes que los acompañaban bajaron a la calle. Los nuestros no se quedaron atrás y así comenzó la «dialéctica de los puños». Allí me

fui yo con ellos y de allí me sacó mi padre de las pestañas enviándome a casita con un amigo. ¡Qué desilusión! Ser sacada así del entrevero, de la mejor parte dadas mis preferencias. Toda la vida fui feliz participando de las manifestaciones callejeras hasta que en la última, hace apenas tres años, me fracturé de tal manera que para tranquilidad de marido, hijos y nietos me limito a verlas por televisión. ¡Justo ahora que vienen las marchas por la vida y contra la ideología de género, yo no estoy!

Volviendo a mi arquetipo, mi madre -que escribiera en una glosa «José Antonio, José Antonio, un nombre que va a nombrarse mientras se nombren los nombres que no puedan olvidarse»- no sé por qué me dijo un día algo que fue profético: «tu padre va a morir como José Antonio».

Muchos años después, durante la guerra revolucionaria de los '70, cuando mi padre salía de su casa, un domingo, para ir a misa, los «zurdos», los rojos le descerrajaron once balazos a quema ropa. Claro que es de esos muertos que parece que nunca existieron porque fueron asesinados antes de 1976.

Por supuesto, con los años fui aumentando mi lista de arquetipos, sobre todo los pilotos de nuestra guerra de Malvinas en cuya formación espiritual e intelectual mucho tuvo que ver mi padre. Pero José Antonio quedó siempre el primero.

3

## Descubrimiento y maduración

Manuel Parra Celaya

**J**osé Antonio es mi guía... rezaba la segunda estrofa de aquel *Montañas Nevadas* que solía acompañar mis juegos infantiles en familia, mucho antes de ser flecha de la Organización Juvenil Española.

Un buen día, revolviendo entre los libros de mi padre, encontré una *Antología de José Antonio*, de Ediciones El Bruch; la fui leyendo en los ratos en que no acompañaba a Guillermo Brown en sus travesuras o a Búfalo Bill en imaginarias aventuras en el Oeste americano. Evidentemente, entre lo selectivo y breve de los párrafos antológicos y mi edad, de poco me enteré. Claro que mi corazón respondía al magnetismo de las palabras: *España, justicia, unidad, revolución social...* y mi mente intuía su valor; y me dejaba subyugar por la belleza de su lenguaje, como también me sucedía cuando en el colegio trabajaba textos de Azorín o poesías de Rubén Darío.

JOSÉ ANTONIO  
PRIMO DE RIVERA



OBRAS COMPLETAS  
EDICIÓN DEL CENTENARIO  
I  
Plataforma 2003

Pocos años más tarde, en mi Hogar y en mis campamentos, fui adquiriendo una elemental e infantil conciencia del personaje, de su vida y de su muerte, de su papel en la historia: el *José Antonio, presente* de cada atardecida resonaba en mi alma mientras lo gritaban mis labios.

Los 15 años me regalaron mis primeras *Obras* (edición de la Sección Femenina de 1959), que yo, como muchos españoles, creíamos que eran *completas*; debo confesar que me las leí de un tirón. Dotado de buena memoria entonces (¡ay!), retenía párrafos completos, que me servían para debatir con mi padre, con mis dirigentes, camaradas y condiscípulos, en plena rebeldía adolescente, sobre la distancia entre aquella bella teoría y la evidencia que me parecía advertir en lo que me rodeaba.

Esa rebeldía pasó de adolescente a juvenil; compaginaba mis funciones de Jefe de Centuria con mi adscripción a aquellas *falanges clandestinas*, que iban variando de siglas, pero no de intención: ser fuente y motor de una reivindicación de José Antonio frente a las mixtificaciones. Y mis disgustos me costó.

Los años y el estudio hacen madurar, y un nuevo enfoque del Fundador se abrió ante mí al leer el prólogo de aquel *José Antonio testimonio* de Adriano Gómez Molina, que la editorial Doncel puso en circulación. Puedo decir que fue a partir de ese momento cuando fue cediendo el tópico, la exclusividad de la exégesis repetitiva y lo machacón de la cita al pie de la letra, y ganó terreno un José Antonio más completo y, sobre todo, más cercano a mi momento.

En el bachillerato, primero, y en la Universidad después, me permitieron inscribir lo joseantoniano en un amplio mundo de las ideas y de las expectativas; creo que especialmente al leer a Ortega y a Eugenio d'Ors, de la mano de Guillermo Díaz-Plaja y otros profesores, me afirmé más en José Antonio; ya no era *lector de un solo libro*, sino ávido devorador de teorías, cercanas o lejanas, que me permitían aquilatar mis convicciones. Podría decir que la apertura intelectual me reforzó, crítica incluida, en mis incipientes lecturas infantiles y adolescentes de sus escritos y discursos.

Ha llovido bastante desde entonces. Junto a mí, han caído muchos mitos –y cada día siguen cayendo–, se han derrumbado muchas *lealtades* y se han evidenciado otras; y, dato curioso, muchos de los que me acompañaban en mi fervor joseantoniano, concretamente los más ardorosos, han desaparecido por el escotillón, mientras aquellos que yo reputaba de *tibios* entonces, han permanecido y no han dado el paso atrás. Eso me ha servido de mucho a la hora de opinar sobre mis semejantes con más caridad cristiana y más camaradería falangista.

Cada día redescubro a José Antonio, conforme la textualidad de sus frases va dejando paso a la esencia y profundidad de su pensamiento; igualmente, conforme la música poética de su prosa – que me sigue deleitando– me impulsa a ver la necesidad de otra forma de poesía que sea más adecuada a nuestra época.

Pero se mantiene en José Antonio, sobre todo, esa calidad de *arquetipo* que tan bien glosa el maestro Aguinaga: modelo de un *estilo* de vida y para la vida; estilo que me ha parecido adivinar, como sello indeleble, incluso en quienes antaño formaban a mi lado y ahora, por convicción o por cuquería, nutren las filas ajenas, como joseantonianos *malgré lui*.

Confieso que a veces me descorazonan las posturas de quienes se empeñan en mantener un José Antonio fosilizado, casi polvoriento en las vitrinas de una historia que no volverá; entonces, releo sus textos familiares y, cosa curiosa, siempre encuentro aquella metáfora de los cascos del caballo de César, las aguas del Rubicón y la *partida con el tiempo* que es la política.

En esos momentos, el José Antonio *esencial*, el de sus *categorías permanentes de razón*, y el prototipo de un *Estilo*, me dan fuerzas para seguir en la brecha en esta pobre y destartada España del siglo XXI.

4

## José Antonio, el hombre Meditaciones de un camisa nueva

Enrique de Aguinaga *(Catedrático)*

«Porque me has visto Tomás, has creído;  
bienaventurados los que no vieron y, sin embargo creyeron»

**S**i, yo soy camisa nueva. No sé si con esto soy más o menos afortunado. Pero aunque tengo, como todos, la añoranza de los tiempos primeros, de la presencia viva de José Antonio, de aquel clima heroico, creo que esto no es lo fundamental.

Para todos –viejos y nuevos camaradas– ahí está la lección conmovedora de José Antonio. Lo otro es anécdota, y si de veras nos interesa conocer su figura no lo conseguiremos por vía de lo pintoresco.

Nos lo han contado muchas veces; lo hemos leído con la emoción del descubrimiento. En una noche clara con chisporroteos de fuego campamental; en la soledad del espíritu deslumbrado: «Era una mañana dominguera, era un día gris de otoño madrileño, era el 29 de octubre...». Nos lo han dicho con sencillez, con énfasis, con apasionamiento. Pero lo único inmutable es una oración que empieza diciendo de un hombre nefasto y termina con un amanecer presentido en la alegría de nuestras entrañas.

Para mí, esto es lo único que vale. El detalle, el color de la mañana, son pinceladas nostálgicas, algo así como «el césped y el arroyo», y yo, que no conocí a José Antonio, recelo en aceptar estas referencias que con su apasionamiento han ido deformando su figura, haciendo un cromo o -lo que considero peor aún- un mito de lo que por encima de todo fue Hombre con todo su profundo significado.

Yo, creo que el mito es peligroso. En primer lugar porque origina una conciencia irreal de las cosas. A las nuevas generaciones hay que darles la auténtica versión de José Antonio; el hombre extraordinariamente sereno y armónico; pero esto no esporádicamente sino logrado a través de una severa disciplina mental.



José Antonio en su escaño en el Congreso

José Antonio posee un cerebro magníficamente dotado. Su inteligencia tiene el perfil de lo clásico, y así su obra. El Movimiento de Falange Española no fue el resultado de un arrebató, sino el fruto de una madura reflexión. A través de sus escritos, él mismo evidencia la lucha íntima y tremenda entre su vocación individual y su entrega al servicio de España.

La arquitectura ideológica de la Falange es la madurez de un pensamiento hondamente reflexivo que rechaza lo espontáneo. «Soy

enemigo de las improvisaciones, igual en un discurso que en la muerte. La improvisación es una actitud de la escuela romántica, y no me gusta».

Aprendamos a ver en José Antonio esta organización mental antes que nada. Para nosotros José Antonio debe ser el Hombre y el Político. En lo demás -Profeta, Vidente, Poeta...- hay algo de zarandaja y tufarada. Sobre todo en lo de Poesía.

José Antonio trajo una nueva dialéctica, una oratoria y un estilo que tuviesen la virtud de mover. «A los pueblos no los han movido más que los poetas». Pero -¡cuidado!, que esto se ha traído y llevado mucho- José Antonio no dijo que estos mismos poetas fuesen los conductores. Atribuye, certeramente, a la Poesía una facultad de exaltación, pero no una facultad rectora y en último término conserva siempre su posición intelectual cuando atribuye al cerebro modos de amar desconocidos por el corazón. La Poesía no puede considerarse como la esencia del Movimiento por la misma razón elemental que nos dice que la música de órgano no es la propia iglesia. Esto es la forma, pero no la entraña.

Lo fundamental, la base del sistema, es el Hombre. Y aquí está la suprema creación joseantoniana: un tipo humano completo. Y él mismo es substancialmente el arquetipo, pues si descubrió la verdadera dignidad humana y trajo el yugo del servicio como norma, él supo llegar hasta su forma suprema con la misma gallardía con que le dedicó su vida en una dolorosa evasión de la torre marfileña. Y aun en ese tremendo momento no se deshumaniza, no hace una

frase para la galería, sino que con sencillez y sinceridad profundamente humanas surge la confesión: «Nunca es alegre morir a mi edad».

Este era el hombre. Bienaventurados los que le conocieron. Pero más bienaventurados aún los que sin verlo lo amaron y creyeron en él.

5

## Mi hermana me habló de José Antonio

Mario Tecglen

Los de mi generación, no tuvimos posibilidad de conocer a José Antonio. Cuando le fusilaron en 1936, yo acababa de cumplir 10 años. Pero sí es cierto que mi queridísima hermana Pilar fue novia hasta su muerte de Justo San Miguel, uno de los Héroes del 10 de Agosto. Y ella sí conoció a José Antonio, algo antes de la fundación de Falange Española; y en una época que, respecto a José Antonio, se ha escrito muy poco.

Recuerdo perfectamente que mi hermana Pilar, durante las comidas familiares en nuestra casa de la Plaza Mayor, nos habló muchísimo de Justo. Y tanto fue así que, acabada la guerra, cuando yo ya enseñaba a cantar a los flechas en los Campamentos Juveniles del Frente de Juventudes, y lo recordé, le pedí que hiciera memoria, porque quería saber todo lo que ella vivió en aquella especialísima época, con la República Democrática y anticatólica recién estrenada. Pilar, que me adoraba y era muy epistolar, me prometió recordarlo con el mayor detalle y traérmelo por escrito. Así lo hizo. Buscando ahora entre papeles antiguos he encontrado su relato, escrito a mano y muy mal conservado, pero lo suficientemente claro para trasladarlo a nuestros lectores.

Pilar se casó en 1941 con un conspicuo concertista de guitarra. Ambos vivían en Bruselas, siendo él, Nicolás Alfonso, Catedrático de Guitarra del Real Conservatorio de Música; murió de cáncer a los 43 años. Mi pobre hermana, tan joven, está enterrada en aquel lejano cementerio.

Su escrito reza así:

A Justo le conocí porque vino a casa, a ver a Papá. Le abrí yo la puerta. Papá no estaba. Y le pasé dentro porque quería dejarle una nota escrita. Yo advertí desde el principio que no le había pasado desapercibida. Me preguntó por mis estudios. Le informé que estaba estudiando Filosofía y Letras. Y él me informó que había terminado Derecho, y que era Alférez del Cuerpo Jurídico Militar.

Todo hubiera quedado ahí, pero un jueves del final de la primavera me fui, con mi amiga Rocío, a bailar el charlestón a los «Tés Danzantes» del Hotel Ritz. Habían traído una orquesta de negros americanos. Y, según me aseguraban, con aquellos morenos bailaban hasta los ratones.

Nos sentamos las dos cerca de la orquesta, y en una mesa cercana reconocí claramente a Justo San Miguel. Nos miramos. Nos sonreímos. Y al minuto se acercó a declararnos que bailaba solo el vals, y que le permitiéramos sentarse con nosotras. Salió a relucir la política. Yo, influida por Papá, le transmití el entusiasmo que había sentido por el General Primo de Rivera. Y él, a partir de aquello, todo fueron frases pidiéndome citas con un evidente interés de comenzar una relación. Bailamos un par valsos y un pasodoble. Rocío salió a la pista con el compañero de Justo, un médico andaluz. Y los charlestón de música sincopada, soberbios, redondos... Interpretaron *When de saints go marching in*, un espiritual muy clásico;



Las tardes en el Ritz

promovió comentarios. Justo nos explicó cómo en los tiempos de la esclavitud americana, los misioneros, casi siempre españoles como el mallorquín Junípero Serra, les afirmaron que todos nacíamos iguales ante Dios; y crearon en ellos una explosión espiritual que materializaron en su música.

Salíamos cada tarde un ratito, a última hora, y nos besuqueábamos en un rincón cercano a la Plazuela de Santiago. Yo ya le había hablado de las ganas que tenía de conocer a sus amigos monárquicos. Y un día me llevó al Café Recoletos.

Nada más entrar, en una mesa pegada a la fachada, reconocí a D. Pedro Muñoz Seca, amigo de Papá, con sus enormes bigotes. No conocía a los que le acompañaban, pero Justo me aleccionó. A su lado estaba Manuel Machado y frente a ellos, Enrique Jardiel Poncela, con otros compañeros desconocidos.

Subimos a una planta superior. Me encontré ante un gran espacio lleno de columnas con unas largas mesas repletas de gente joven; y en una de ellas, seis amigos de Justo que se levantaron al mismo tiempo en cuanto nos acercamos. Me presentó: Javier Chicharro, Andrés de la Cuerda, Enrique Batalla, José Antonio Primo de Rivera, Sancho Dávila y otro más de cuyo nombre no me acuerdo. Justo les declaró que yo pensaba como ellos. Me invitaron a sentarme, pero Justo declinó. Les dijo que me acompañaría a mi casa; y que en diez minutos estaría con ellos. Y yo entonces, recordando a Papá, manifesté a José Antonio el gran respeto y admiración que sentía por su padre. Y el gran dolor que tuvo que sentir en el exilio, repleto de traiciones y lejos de su Patria, a la que tanto amó. Y José Antonio, visiblemente emocionado, recuerdo que me contestó: Tus palabras, Pilar, me han llegado hasta el fondo del alma. Y puedo asegurarte que nunca las olvidaré...

Ya en la calle, Justo me felicitó:

-Has estado sembrada Pilarcita. Si le conocieras más, comprobarías que es un hombre extraordinario en todos los sentidos. Yo me vuelvo enseguida. Se está cociendo algo muy gordo en la Cúpula Militar y no quiero perdmelo.



Valle-Inclán en una de las tradicionales tertulias

Al día siguiente me faltó tiempo para pedirle me explicara lo que se había hablado. Justo me advirtió que era una materia enormemente reservada, y que no debía comentarlo absolutamente con nadie. Se lo prometí, y me habló así:

-Pilita, parece ser que una buena proporción de militares, en connivencia con el General Sanjurjo, está tramando un Golpe de Estado para restaurar la Monarquía. Enrique Batalla, Capitán de Infantería y monárquico declarado, nos arengó afirmando la necesidad de que volviera el Rey. Y fue Primo de Rivera el que solicitó aclaraciones, pidiéndole le explicara qué era lo que pretendían realmente, si es que salían triunfantes. Enrique Batalla con cara de asombro le contestó:

-Cómo si salís, será si salimos. O, ¿es que tú no vas a unirte a nosotros?

Y José Antonio le respondió:

-Te voy a contestar, Enrique, como te mereces, abriendo mi corazón: Mi pensamiento va más allá. Creo que es por otros caminos por los que hemos de buscar las soluciones a nuestros conflictos. La Revolución que necesitamos no puede ser de clase. No podemos echarnos a la calle por unos principios intelectuales, ni por una restauración de cosas muertas. Y, desde luego, nunca para sustituir personas o instituciones. Es preciso arrancar las más podridas raíces del bosque nacional. Pienso que lo que necesitamos es una Revolución de Juventudes en la que vayan unidos estudiantes y obreros. Y así la sueñan ya unos cuantos jóvenes, ariscos, humildes y valerosos, que se agrupan en unas organizaciones castellanas que llevan el extraño nombre de J.O.N.S.

Hermano. Es todo lo que puedo contarte de mi triste noviazgo. Como ya sabes, Justo, mi pobre novio, murió poco después en la calle de Olózaga. Que hoy ha pasado a llamarse, Calle de los Héroes del 10 de Agosto.

6

## José Antonio, el mito

Mario Caponnetto (Argentina)

**S**e me ha pedido que hable de José Antonio desde la experiencia personal e íntima. Imposible hacerlo sin volver, tras los pasos de la memoria, a los años lejanos de la adolescencia o primera juventud. Allí aparecen los primeros recuerdos de un José Antonio que no vacilaré en llamar mítico. José Antonio, el mito que poblaba los sueños épicos de una juventud que, como la mía, creía todavía que había batallas en las que era preciso alistarse.

No tengo empacho en utilizar la palabra *mito*, palabra noble por cierto pero que la guerra semántica o la mera ignorancia han tergiversado haciéndola poco menos que sinónimo de mentira o de falacia. No, el mito es uno de los modos más altos en el que nuestra inteligencia logra expresarse plasmando en imágenes y símbolos las más altas verdades. No es cierto que haya un camino del mito al logos: el logos ya está en el mito, sólo que velado. En todo caso el camino va del mito a la razón en tanto ésta es reveladora laboriosa del logos. Tolkien dedicó uno de sus más bellos poemas, *Mitopoeia*, «a aquel que dice que los mitos son mentiras, y por tanto sin valor» en el que, entre otras cosas, leemos: «Benditos los hacedores de leyendas con sus versos / sobre cosas que no se encuentran en los registros del tiempo».

José Antonio fue para mí uno de esos grandes mitos, una de esas leyendas que hablan de cosas que no se hallan en los estrictos archivos del tiempo. Un mito en el que, velada, esplendía la luz de la grandeza a que está llamada la condición humana cuando ella se rinde a la seducción de cosas grandes y bellas, de esas cosas por las que vale la pena no sólo vivir sino morir, llegado el caso.

Andando el tiempo, aquella luz se fue develando. Por la lectura «seria», en primer lugar, la frecuentación asidua de sus textos, el progresivo adentrarme en su vida y en su pensamiento. A la fascinación del mito siguió la asunción crítica de todo aquello que iba descubriendo a medida que el personaje se me hacía más cercano, más encarnado –si se quiere– en las circunstancias de su tiempo, ese tiempo trágico de la España del 36 y luego en el tiempo de la reconstrucción que siguió a la guerra, tiempo hecho de días en los que los aires de la epopeya de la Cruzada se iban apagando, como no podía ser de otra manera pues cada epopeya tiene su tono y su ritmo, y a una epopeya clamorosa suele seguir otra hecha de trabajo sostenido y silencioso.

Pero nada de cuanto ocurrió después hubiera sido posible sin aquel mito original. Curiosamente los mitos están siempre en el origen. Siempre hay un mito en cada origen; pero el mito debe permanecer dando consistencia y unidad a la propia existencia, sea individual, sea colectiva. Pues el mito atraviesa la entera vida del hombre, la individual y la colectiva. Tiene que ver con la fe, el amor y la esperanza. Su poder unificador es inmenso. En torno a él se construyen, en cierto modo, todas las historias.



«José Antonio».

En resumen: que José Antonio me ha acompañado en todo el decurso de mi periplo intelectual: desde el lejano mito juvenil a la figura de estos días seniles cuyo pensamiento sigue siendo motivo de inspiración, objeto de estudio, fuente de consulta, ocasión de análisis.

Es un José Antonio que ha ido creciendo y desarrollándose en mí adquiriendo las proporciones adecuadas, afilando sus perfiles, tomando su configuración histórica.

Pero de tanto en tanto, en ocasiones, -y esta es una de ellas- el mito regresa con toda la fuerza arrolladora de su deslumbrante fascinación y se instala en el alma como un oasis de luz.

7

## El Estado en José Antonio

José M<sup>a</sup> García de Tuñón Aza

Este mes se cumple el 84 aniversario de la fundación de Falange y la casualidad ha querido que coincidiera con la publicación del número 300 de la *Gaceta* de la Fundación José Antonio Primo de Rivera. Desde el primer número, 11 de marzo de 2015, más de 2.500 artículos se han publicado en este medio. En esta ocasión todos los artículos van dedicados a quien, hace ahora 83 años, cuando en plena República los socialistas quisieron dar un golpe de Estado y Companys de ERC proclamó el Estado Catalán, encabezó una manifestación donde entonces, como ahora, se pedía la *unidad de España*.

Pero en este artículo deseo referirme al pensamiento que del Estado tenía José Antonio. Para él es la suprema unidad orgánica de convivencia en la que culminan Familia, Municipio y Sindicato. Por otro lado, dijo que el Estado liberal no cree en nada, ni siquiera en sí mismo. El Estado liberal permite que todo se ponga en duda, incluso la conveniencia de que él mismo exista. Para el gobernante liberal, tan lícito es la doctrina de que el Estado debe ser sustituido. Es decir, que puesto a la cabeza de un Estado *hecho*, no cree ni siquiera en la bondad, en la justicia, en la conveniencia de ese Estado. Tal un capitán de navío que no estuviera seguro de si es mejor la arribada o el naufragio. La actitud liberal es una manera de *tomar a broma* el propio destino; con ello es lícito encaramarse a los puestos de mando sin creer siquiera en que debe haber puesto de mando ni sentir que obliguen a nada, ni aun a defenderlos.

El Estado Liberal -el Estado sin fe, encogido de hombros- escribió en el frontispicio de su templo tres bellas palabras: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*. Pero bajo su signo no florece ninguna de las tres. Son palabras de José Antonio que pretende devolver al Estado la categoría que le corresponde como suprema forma expresiva de convivencia social y estructura moral y jurídica de la sociedad. José Antonio no elabora una teoría del Estado con rigor académico, dice el filósofo Muñoz Alonso. No ejerce de profesor. Acepta la doctrina de los clásicos del cristianismo. Tomás de Aquino en la idea de fin: «El fin es el *bien común, la vida pacífica, feliz y virtuosa*. Son justas las formas de gobierno (de uno, de varios o de muchos), en tanto se ordenan a ese fin, e injustas cuando lo menosprecian. El gobernante que no gobierna hacia el bien común, sino en provecho propio, es un tirano, contra el cual es lícito alzarse, siempre que la rebelión no traiga males mayores; es decir, no vaya en detrimento del *bien común*, que nunca se pierde de vista».

En el pensamiento de José Antonio, desea el Estado como una finalidad esencial, es decir, bien de todos los que viven bajo su amparo. Esta finalidad es la que justifica y la que, en derecho, le



José Antonio en su despacho de abogado

origina, le sostiene y le dignifica. El Estado incide en la sociedad, que representa la materia de la que forma parte, o mejor, con la que se organiza. La polémica con las concepciones del Estado ha permitido a José Antonio esclarecer su pensamiento y ahondar en algunas ideas, servidas en un estilo que no por polémico deja de ser riguroso y preciso. El Estado liberal no reúne en el pensamiento crítico de José Antonio, los requisitos exigidos para su legitimación histórica en el orden moral, cree Muñoz Alonso. Por eso José Antonio personaliza en Juan Jacobo Rousseau la concepción liberal del Estado. *El Contrato Social* de Rousseau, se inicia en el proceso de ruptura de la última edad clásica que comienza en el siglo XIII, y el de irrupción de las fuerzas disolvente que anuncia la Reforma. El nuevo Estado, que anuncia José Antonio no se presenta como una originalidad en un en un proceso del pasado, sino como la instauración de un orden permanente, actualizado.

El Estado liberal liberaliza en tal medida a éste que le desnaturaliza. Por eso, decía José Antonio, ese Estado es lo contrario de lo que nosotros queremos. «Nosotros queremos que el Estado sea siempre instrumento al servicio de un destino histórico, al servicio de una misión histórica de unidad: encontramos que el Estado se porta bien si cree en ese total destino histórico, si considera al pueblo como una integridad de aspiraciones, y por eso nosotros no somos partidarios ni de la dictadura de izquierdas ni de la de derechas, ni siquiera de las derechas y las izquierdas, porque entendemos que un pueblo es eso: una integridad de destino, de esfuerzo, de sacrificio y de lucha, que ha de mirarse entera y que entera avanza en la Historia y entera ha de servirse». Habló también del Estado Sindicalista y criticó a los socialistas que entregan la plusvalía, es decir, el incremento de valor del trabajo humano a la colectividad organizada en Estado. En cambio, el sistema sindicalista adjudica la plusvalía a la unidad orgánica del mismo trabajador.

José Antonio cita a Santo Tomás quien centra su doctrina del Estado en la idea de fin. El fin es el *bien común, la vida pacífica, feliz y virtuosa*. Son justas las formas de gobierno (de uno, de varios o de muchos), en tanto se ordenan a ese fin, e injustas cuando lo menosprecian. El gobernante que no gobierna hacia el bien común, sino en provecho propio, es un tirano, contra el cual es lícito alzarse, siempre que la rebelión no traiga males mayores; es decir, no vaya en detrimento del bien común, que nunca se pierde de vista. Para un Estado de tipo liberal lo accidental es siempre lo que prevalece. Por eso no combate, sino que esquiva. No cree tener razón y no acomete resueltamente a los que quieren derribarlo. Se limita a agotar su languidez como si fuera vida. Este es el panorama de España que entonces veía José Antonio: unas derechas blandas, un Gobierno vacilante y la anti-España a marchas forzadas sobre lo que queda. Marxismo, separatismo. La anti-España, en suma.

«El Estado liberal democrático respeta la voluntad del pueblo y exaspera los límites de su responsabilidad como fundador del orden. Entrega al pueblo las llaves del cielo y de la tierra, y descubre en su voluntad la fuente y la norma del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, es lógico», dice Muñoz Alonso. Pero si el hombre nace libre esa libertad no la puede vivir sin el amparo de un principio fuerte y permanente. Cuando los principios cambian con los vaivenes de la opinión, sólo hay libertad para los acordes con la mayoría. Las minorías están llamadas a sufrir y callar. Todavía bajo los tiranos medievales quedaba a las víctimas el consuelo de saberse tiranizadas. El tirano podría oprimir, pero los materialmente oprimidos no dejaban por eso de tener razón contra el tirano. Sobre las cabezas de tiranos y súbditos estaban escritas palabras eternas, que daban a cada cual su razón. Bajo el Estado democrático, no: la Ley -no el Estado, sino la Ley, voluntad presunta de los más- tiene siempre razón. Así, el oprimido, sobre serlo, puede ser tachado de díscolo peligroso si moteja de injusta la Ley. Ni esa libertad le queda.



Por eso un día José Antonio escribió que todas las aspiraciones del nuevo Estado podrían resumirse en una palabra: *Unidad*. La Patria es una totalidad histórica, donde todos nos fundimos, superior a cada uno de nuestros grupos. En homenaje a esa unidad han de plegarse clases o individuos. Y la construcción deberá apoyarse en estos dos principios. Primero. En cuanto a su *fin*, el Estado habrá de ser instrumento puesto al servicio de aquella Unidad, en la que tiene que creer. Nada que se oponga a tan entrañable trascendente Unidad debe ser recibido como bueno, sean muchos o pocos los que lo proclamen. Y segundo. En cuanto a su *forma*, el Estado no puede asentarse sino sobre un régimen de solidaridad nacional, de cooperación animosa y fraterna. La lucha de clases, la pugna enconada de partidos, son incompatibles con la visión del Estado.

8

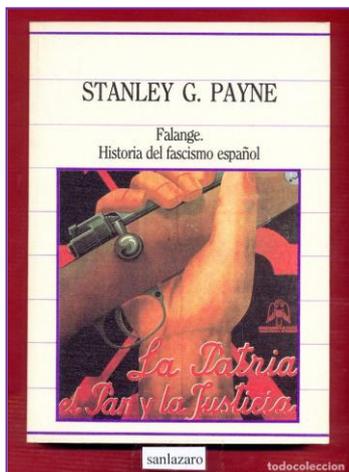
## Mi primer encuentro con José Antonio Primo de Rivera

Arnaud Imatz

Historiador, doctor en Ciencias Políticas y diplomado en Derecho y Ciencias Económicas (Francia)

**M**i primer encuentro con José Antonio Primo de Rivera fue totalmente casual. Andaba buscando un tema para mi tesis de doctorado de Estado de ciencias políticas en el lejano mes de junio de 1974. Aquel doctorado de Estado se diferenciaba del doctorado de Universidad en que era el único grado académico universitario francés que permitía acceder a la Cátedra a nivel nacional. El gobierno socialista lo suprimió en 1984 considerándolo demasiado elitista.

Durante mis estudios superiores había hecho dos tesinas, una sobre Francisco de Vitoria y la otra sobre Francisco Suárez. Proyectaba ampliar mis investigaciones sobre la prestigiosa Escuela de Salamanca conocida desde finales del siglo XIX y principios del siglo XX, por lo menos entre los hispanistas, como la Escuela de los maestros fundadores de la economía y del derecho modernos. Sin embargo, ante la candente actualidad de la Península, mi director de tesis me animo a interesarme por la prensa española. Era la época del tardío franquismo y los medios de comunicación galos acostumbraban referirse a «la apertura de la prensa española». Llegue a Madrid sin conocer a nadie y, para ser sincero, sin saber nada o casi nada de la vida política española.



Dos libros iban a desempeñar un papel inesperado y determinante en mi selección final del tema. Se trata de *Antifalange* (1967) del polemista y criptocomunista Southworth y de *Falange. Historia del fascismo español* (1965) del entonces social-demócrata Stanley Payne. Estos dos libros, publicados en 1965 y 1967 por la editorial Ruedo Ibérico dirigida por el anarquista y marxista José Martínez, son paradójicamente los que despertaron mi interés por la vida y la obra de José Antonio. Leí a continuación las *Obras Completas* del fundador de la Falange. Las encontré en una pequeña librería de París cerca del Museo Pompidou. Quede marcado de por vida por una frase que resume mejor el pensamiento de José Antonio: «El ser derechista, como el ser izquierdista, supone siempre expulsar del

alma la mitad de lo que hay que sentir». Una sentencia que por cierto se parece mucho al célebre apotegma de Ortega: «Ser de la izquierda es, como ser de la derecha, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser un imbécil; ambas, en efecto, son formas de hemiplejía moral». Pero José Antonio lo reformulo de una manera menos áspera, más poética y generosa.

Supé inmediatamente que la vida y el pensamiento del fundador de la Falange iban a ser el tema de mi investigación. No tuve más remedio que convencer a mi director de tesis y obtener su acuerdo. Era una gran persona, un auténtico maestro, y le estoy muy agradecido de no haberme puesto ninguna pega. Leí vorazmente la prensa, consulté bibliotecas y archivos, compré decenas

de libros en las casetas de la Cuesta de Moyano y me reuní con unas cuarenta personalidades entonces representativas del Movimiento, del mundo falangista y de la oposición antifranquista.

También adquirí la obra imprescindible de Jean-Louis Loubet del Bayle, *Les non-conformistes des années 30. Une tentative de renouvellement de la pensée politique française* (1969), sobre los jóvenes intelectuales franceses contestatarios de los años 1930. Quizás, después de la lectura atenta de las *Obras Completas* de José Antonio, sea este libro de Loubet del Bayle el que más me ayudó a reflexionar y a tomar definitivamente distancia con la tesis reductora del supuestamente «fascismo Joséantoniano», expresión radical, o extraña y sofisticada, de un modelo genérico e internacional de fascismo. A partir de ahí tome conciencia de que el pensamiento político de Primo de Rivera había sido muchísimo más próximo al *nuevo personalismo cristiano* de los no conformistas franceses de los años treinta que del de cualquier otra corriente político-cultural de su época.

Tenía 26 años, fue para mí una gran experiencia intelectual, quizás el *Annus mirabilis* de mi juventud. Defendí mi tesis «*La pensée politique de José Antonio Primo de Rivera*» en noviembre de 1975. Años después se publicaron ediciones actualizadas en francés (París, 1981 y 2000) y en español (Madrid 2003, 2006 y 2007).

9

## Mi conocimiento de José Antonio

Luis Fernando de la Sota Salazar (Presidente del Club de Opinión Encuentros)

Me piden de la *Gaceta* unas líneas sobre la forma en que llegué a conocer a José Antonio.

Como es obvio, en mi caso, aunque ya tenga muchos años, no fue un conocimiento personal.

Podría recordarlo en tres etapas distintas de mi vida.

En la primera, de niño, como una imagen omnipresente junto a la de Franco. Estaba en todos lados. Su fotografía se repetía en las aulas de los colegios, en los despachos, en las oficinas, en los locales de toda clase, en las estaciones del metro e incluso en muchas tapias de casas o edificios a través de impresiones en tinta negra. Su nombre, y extractos de sus discursos, se repetían machaconamente en radios y periódicos, así como por políticos y funcionarios de toda condición.

En la segunda, ya encuadrado en el Frente de Juventudes, era el motivo central y permanente de los discursos en actos y concentraciones, así como en las consignas y charlas en los hogares – entonces cuarteles–, albergues o campamentos, así como en periódicos juveniles o murales.

En la tercera, y ya como adolescente primero y más tarde como joven, motivo de estudio, de reflexión y de controversias, respecto a si su vida personal, y sobre todo su doctrina, apenas esbozada y constantemente modificada en muchos puntos en sus apenas tres años de vida política, como podíamos comprobar en la lectura de las *Obras Completas*, e incluso su muerte, se nos había explicado bien y si su mensaje era exactamente el que había inspirado y seguía inspirando el régimen, o si por el contrario, se había utilizado como pantalla, o como pretexto, para afianzar un sistema diferente del que había soñado, el joven fundador de la Falange.



Descanso durante una marcha por España

Y lo curioso, es que a través de aquellos debates y reflexiones, al tiempo que se me iba evaporando el mito acartonado de la propaganda oficial, se me iba agigantando su figura como arquetipo.

Ahora ya, con la inmensa perspectiva de casi ochenta años desde su trágica desaparición física, y con las tremendas transformaciones de todo tipo, políticas, económicas, sociales, científicas, etc., que, en un sentido u otro ha experimentado y cambiado el mundo y lógicamente también la sociedad española, José Antonio para mí, ha sido y sigue siendo, en lo personal, un ejemplo de actitud ante la vida y ante la muerte.

Y en lo político, y sin querer entrar en la eterna discusión de cual pudiera ser la vigencia actual de su doctrina, que por supuesto excede la intencionalidad de estas líneas, ya hace mucho tiempo que sintetizo su mensaje, en tres valores fundamentales que hago míos: la trascendencia del hombre, la unidad de España, en sus hombres, en sus tierras, y sus clases, y la Justicia Social.

Valores que creo, que con independencia de un sentimiento emocional de recuerdo, que por supuesto respeto y que en buena medida comparto, pueden ser los que mantengan el milagro de que otros españoles, en buena medida jóvenes, se puedan todavía hoy y en el futuro, encandilar por la frescura y originalidad de su pensamiento.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: [secretaria@fundacionjoseantonio.es](mailto:secretaria@fundacionjoseantonio.es).

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

**ES23.0019.0050.0140.1010.8382**

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.